

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EL CIELO Y EL INFIERNO
EXPERIENCIAS REALES**

S. MILLÁN DE LA COGOLLA - 2018

EL CIELO Y EL INFIERNO, EXPERIENCIAS REALES

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN DE LA COGOLLA - 2018

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

El infierno.

El cielo.

PRIMERA PARTE: EXPERIENCIAS DE LOS SANTOS

Santa Francisca Romana.

Beata Osanna de Mantua.

Santa Teresa de Jesús.

Venerable Benita Rencurel.

Beato Bernardo de Hoyos.

Beata Ana Catalina Emmerick.

San Juan Bosco.

Sor Josefa Menéndez.

Santa Faustina Kowalska.

Lucía de Fátima

SEGUNDA PARTE: EXPERIENCIAS DEL MÁS ALLÁ

Hechos reales.

Gloria Polo.

TERCERA PARTE: EL CIELO

Venerable Benita Rencurel.

Beata Ana Catalina Emmerick.

Santa Faustina Kowalska.

Experiencias del umbral de la muerte.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este librito vamos a tratar del infierno y del cielo. Pero no vamos a sacar a relucir teorías o suposiciones. Vamos a exponer experiencias personales de santos, que tienen la garantía de su autoridad moral; y también testimonios de científicos que han estudiado experiencias del más allá de la muerte, llamados normalmente experiencias del umbral de la muerte. Son experiencias de miles y miles de personas que a lo largo de los siglos han sido dadas por muertas, porque han perdido los signos vitales durante unos minutos y, al regresar a la vida, nos cuentan su experiencia de Dios y del más allá. Algunos con vivencias del cielo o del infierno.

Esto nos puede llevar a la conclusión de que Dios existe, y los muertos están vivos en otra dimensión y que, por tanto, debemos tomar en serio esta vida para tomar a la vez en serio la vida después de esta vida, la vida eterna y definitiva.

Por eso, el gran filósofo Pascal decía más o menos así: Tú debes apostar. Estás embarcado en el tren de la vida. Eres un ciudadano de la eternidad y debes decidir para siempre: O existe Dios o no existe. ¿Qué escoges? Tú debes escoger necesariamente, no puedes eludir la cuestión. Piensa bien lo que ganas o pierdes en la apuesta. Si ganas, ganas todo. Si pierdes, pierdes todo. Si decides creer en Dios y vivir como creyente, aun en el caso de que Dios no existiera, no habrías perdido nada. Habrías ganado una vida buena y ordenada, pensando en que Dios te pediría cuentas. Saldrías ganando.

Pero si decides que Dios no existe y vives así, ¿qué pasaría si al final te das cuenta de que Dios sí existe y te encuentras con él cara a cara? ¿Le dirías: Yo no sabía, yo pensaba, a mí me parecía...? Habrías perdido todo, porque toda tu vida habría sido un fracaso y un echar en saco roto todas tus obras buenas, porque las habrías hecho buscando un bien o un placer personal. Y, aun en el supuesto caso de que pudieras salvarte, sería con las justas, con lo mínimo. Habrías malgastado prácticamente tu vida, viviendo sin ganar nada para la eternidad.

Por eso te recomiendo que vivas para Dios, para la eternidad, para amar y hacer el bien a los demás.

Que seas feliz aquí y, sobre todo, para siempre en el cielo. Es mi mejor deseo para ti.

EL INFIERNO

El infierno existe y no deja de existir porque algunos no crean en él. No faltan quienes dicen que no existe el infierno, porque todos los malos después de su muerte, serán aniquilados. Pero pensar esto, como dice Leonardo Boff, es *no tomar en serio al hombre*. Dios lo ha creado para siempre y cada uno podrá vivir su eternidad como quiera vivirla. Dios respetará su libertad.

Otros, siguiendo la antigua teoría de Orígenes de la apokatastasis, que fue descartada desde los primeros tiempos por todos los Santos Padres, dicen que los malos, después de un castigo temporal, irán definitivamente al cielo. Esto también fue condenado en el II Concilio de Constantinopla del año 553.

Y no faltan quienes con un poco de sonrisa malévolamente dicen: *El infierno existe, pero está vacío*. La Iglesia nunca ha declarado que alguien en concreto esté en él. Pero una cosa es no saber quién está, y en esto no hay que hacer juicios temerarios ni siquiera con los más grandes criminales, y otra cosa muy distinta es decir que no hay nadie. La Iglesia no ha dicho que esté Judas, pero Jesús lo da a entender, cuando dice: *Más le valía no haber nacido* (Mc 14,21).

Y lo peor de todo es que el infierno es eterno. Jesús nos habla claramente de ello (Mt 25, 41). El infierno es eterno, no porque Dios lo quiera, sino porque ellos así lo quieren. Si por un imposible, los condenados se arrepintieran, serían inmediatamente perdonados por Dios. Su misericordia es infinita y más grande que todos los pecados de todos los hombres juntos. Lo triste es que se han decidido contra Dios para siempre y nunca se arrepentirán. Es el gran misterio de la libertad humana y del gran respeto que Dios tiene por el hombre, a quien respeta, aun cuando desee vivir eternamente lejos de Él. El infierno se lo crea el propio condenado. Por eso, no hay dos infiernos iguales, cada condenado tiene su propio infierno. Más que un lugar es un estado infernal, que uno se fabrica según la medida de su odio, maldad, violencia y crueldad.

El Papa Juan Pablo II afirmaba que *el infierno es la situación en que se sitúa definitivamente quien rechaza la misericordia del Padre, incluso en el último momento de su vida... El infierno más que un lugar indica la situación en que llega a encontrarse quien libre y definitivamente se aleja de Dios, manantial de vida y alegría* (28-7-1999). El Catecismo de la Iglesia católica dice que es *el estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados* (Cat 1033). *Dios no predestina a nadie a ir al infierno, para que esto suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (pecado mortal) y persistir en él hasta el final* (Cat 1037).

Y esto es posible. Veamos lo que cuenta la mística María Simma: *Conoci un hombre que me dijo que él no quería ir al cielo. Yo le pregunté: ¿Por qué? Me dijo: Porque Dios permite muchas injusticias. Yo le aclaré que no es Dios, sino los hombres malos. Pero él me dijo: “Yo lo odio. Espero no encontrarme con Él después de mi muerte; si no, lo mataré con un hacha”*. ¿Es posible que alguien pueda odiar a Dios? ¿Que alguien creado con amor y por amor por un Dios infinitamente bueno, pueda odiarlo? Sí, es posible. De todos modos, nadie se va a condenar por sus pecados mortales cometidos, como si Dios lo castigara inexorablemente, quiera o no quiera; se condenará por su decisión de no arrepentirse, de no querer ser perdonado y por su soberbia de seguir rechazando a Dios eternamente.

Muchos autores afirman que, al momento de la muerte, Dios se nos presentará con todo su amor divino y nos dará la oportunidad de sentir su amor y tener la opción, plenamente conscientes, de amarlo o rechazarlo para siempre. ¿Cuál será tu opción? Piensa que el infierno también puede ser una realidad para ti. Cada pecado que cometes te va alejando poco a poco de Dios y de su amor. Si quieres ir al infierno, el pecado es el camino más fácil y más rápido. Cuanto más graves sean tus pecados, más hundido estarás en tu propio infierno desde ahora y tu corazón estará más lleno de odio, violencia y maldad.

El infierno será tu triste final, si vives encerrado en ti mismo y rechazas amar, servir, ayudar y hacer el bien a los demás. El infierno será tu propia cárcel, construida por ti mismo, una cárcel de odio y violencia, donde nunca podrás ser feliz. El infierno será la oscuridad y la tristeza total, la esclavitud eterna de Satanás y sus secuaces, será una vida eterna con los demonios. ¿Por qué no te decides ahora mismo por amar a Dios y a los demás? ¿Por qué no te arrepientes de tus pecados? ¿Por qué no le pides a Dios insistentemente la gracia de la salvación? No te condenarás sin quererlo. No tengas miedo. Si quieres ser bueno, aunque seas débil, Dios será tu fortaleza. Tú decide hacer el bien en vez de hacer el mal, decide amar en lugar de odiar. Recuerda que el infierno es no querer amar y no poder decir JESÚS jamás. El infierno es el rechazo eterno del amor.

EL CIELO

¿Qué es el cielo? Según el Catecismo de la Iglesia católica, *el cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Cristo (Cat 1026). La vida perfecta con la Santísima Trinidad... con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama cielo (Cat 1024)*.

Dice el Apocalipsis que, en el cielo, los elegidos *verán el rostro de Dios y llevarán su nombre sobre la frente. No habrá ya noche ni tendrán necesidad de luz de antorchas ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán*

por los siglos de los siglos (Ap 22, 4-5). El mismo Dios estará con ellos y enjugará las lágrimas de sus ojos y la muerte no existirá más, ni habrá duelo ni gritos ni trabajo, porque todo esto es ya pasado (Ap 21, 3-4).

San Pablo nos cuenta su propia experiencia: *Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años, si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre, si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que no se pueden expresar (2 Co 12, 2-4). Ni el ojo vio ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman (1 Co 2,9).*

Muchos santos también han tenido experiencias de cielo. La Venerable Concepción Cabrera de Armida dice: *Un día después de comulgar, me dejé llevar de la voluntad de Dios. Me vi sumergida en un abismo de luz y claridad, de eso inexplicable que arrebató todo sentido, quedando el alma suspensa y en un punto fija. Ese punto era Dios, Dios, abismo de pureza y de infinitos resplandores... ¡Oh Trinidad beatísima, luz de luz, en donde no hay la más leve sombra! ¡Oh Padre, Hijo y Espíritu Santo! Yo me gozo en el secreto sublime de tu felicidad incomprensible. Te amo tanto, tanto (Diario, 17 de julio de 1897).*

*Una de las videntes de la Virgen en Medjugorje, Ivanka Ivankovic, dijo en una entrevista del 11-9-2000, publicada en la revista Medjugorje N° 46, del 2001: He visto a mi madre como ahora la veo a Ud. delante de mí. La he visto cinco veces. Ella había muerto, cuando tenía 39 años, totalmente flaca y pálida por su enfermedad. Yo la he visto radiante de alegría y llena de vida. No hay palabras para describir su belleza. En la aparición del 7 de mayo de 1985, junto a la Virgen, vi también a mi madre. Solamente me dijo: **Hija mía querida, estoy muy orgullosa de ti.***

En otra entrevista que le hicieron en la Pascua de 1993 a Mirjana, también vidente de la Virgen en Medjugorje, le preguntaron sobre el cielo. Ella respondió: *He visto el cielo. La Virgen quería que viéramos que el cielo existe. Fue como la proyección de una película en pocos segundos. Allí todos tienen la misma expresión de felicidad en el rostro. No se ven todos iguales, pero en sus rostros se ve que lo tienen todo. Esas personas lo tienen todo, tienen realmente el cielo, que es la plena felicidad. Esto es lo que más me conmovió a mí.*

PRIMERA PARTE EXPERIENCIAS DE LOS SANTOS

SANTA FRANCISCA ROMANA (1384-1440)

Dice el padre Mattiotti: *Fue llevada en espíritu al infierno. En la entrada vio un abismo grandísimo y terribilísimo. Vio algunos letreros que decían: “Este es el infierno sin esperanza y donde no hay jamás consuelo”. Fue acompañada del arcángel san Rafael y vio un dragón grandísimo y negrísimo. Estaba con la boca abierta y de ella salía una grandísima llamarada de fuego. Ella oía gritar y blasfemar con muchos lamentos y voces amargas*¹.

En el infierno Francisca vio las cosas más horribles que se pueden imaginar, aunque evidentemente eran solo figuras o imágenes para comprender lo terrible del infierno y de vivir eternamente en compañía de los demonios, que no tienen ni el más mínimo grado de compasión con los demás. *Allí estaban los demonios, con un hedor insoportable, unas tinieblas tremendas y otras muchísimas penas y tormentos. Después fue llevada al purgatorio y allí vio tres estratos distintos. En el más bajo había fuego; en el segundo estadio las almas sufrían pero no tanto. En el tercer grado y más elevado estaban las almas que estaban cerca de ir al cielo. Después fue llevada al cielo donde vio a las almas bienaventuradas con los ángeles*².

BEATA OSANNA DE MANTUA (1449-1505)

Siendo Osanna de 10 años, estando en su habitación haciendo oración, fue llevada en éxtasis a un bellissimo lugar, donde había un sillón luminoso sobre el que se sentaba un anciano venerable de aspecto divino, que gobernaba todo el mundo, rodeado de un gran esplendor. Delante del anciano había un joven de unos 22 años que parecía semejante al anciano. De estos dos de inmensa luz, salía otro a modo de llama que era de la misma naturaleza del anciano y del joven de modo que no se podía conocer la diferencia de uno y otro. Mientras ella los contemplaba, entendió que era una semejanza de la Santísima Trinidad...

Saliendo de ese bellissimo lugar, acompañada de un ángel, fue conducida a una prisión donde había muchos enfermos, todos estaban pálidos y macilentos y se lamentaban con tristes voces. Ella, al verlos, no pudo menos de llorar con ellos (era el purgatorio). Finalmente fue conducida a otro lugar lleno de

¹ Incarbone Rosella, *Tractati della vita et delli visioni di santa Francesca Romana*, Roma, 2014, pp. 287-354.

² Proceso (1440,1443, 1451 y 1453) de canonización, p. 85.

oscurísimas tinieblas, donde se encontraban muchos que lanzaban gritos estridentes. A sus lamentos se unía el tormento de cruelísimos demonios que de continuo quemaban las almas con fuego ardentísimo. Osanna tenía compasión de ellos y hubiera querido ayudarlos, pero no había esperanza alguna de perdón para ellos ³.

Nos dice el padre Jerónimo Monteolivetano: *Un día de enero muy de mañana celebré la misa en su habitación y ella quedó en éxtasis, permaneciendo así por más de dos horas. Terminada la misa, volvió en sí y habló de la Majestad divina que ella había visto en aquel éxtasis, con tanta claridad que no puede expresarse... Después, refiere ella misma, me fue mostrado el infierno y el purgatorio. ¡Cuán horrible es el infierno y los amargos tormentos que sufren los condenados! En el purgatorio son tan grandes las penas que jamás criatura alguna debería desearlas, al modo que algunos desean, es decir, de pasar la penitencia de sus pecados en el purgatorio. No hay lengua humana ni inteligencia que pueda entender ni expresar la mínima parte de esas penas, excepto el alma que haya visto estas cosas* ⁴.

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

Santa Teresa describe así su visión del infierno: *Estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo que me parecía estar metida en el infierno. Entendía que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado y yo merecido por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio, mas, aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto: el suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él; al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho...*

Sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar (porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio), no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una

³ Francesco da Ferrara, *La vita della beata Osanna da Mantova*, Mantua, 1590, pp. 44-45.

⁴ Monteolivetano Jerónimo, *libretto della vita et transito della beata Osanna da Mantua*, 1524, p. 65.

aflicción tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco, porque aun parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, más sentíame quemar y desmenuzar, a lo que me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga. No hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas; yo no entiendo cómo puede ser esto que, con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve.

No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo. Cuanto a la vista, muy más espantosos me parecieron, mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fue, más bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia. Porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa. En fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor aquí adonde estoy. Y así no me acuerdo vez que tengo trabajo ni dolores, que no me parece nonada todo lo que acá se puede pasar, y así me parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y así torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo a entender las penas del infierno, cómo no las temía ni tenía en lo que son. ¿Adónde estaba? ¿Cómo me

podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar? ¡Seáis bendito, Dios mío, por siempre!

De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan... y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece a mí que, por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que, si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión y, si es grande, nos aprieta a nosotros. Pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aún nos mueve a tanta compasión, estotro que no le tiene no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo ⁵.

Otra vez, me acaeció así otra cosa que me espantó muy mucho. Estaba en una parte adonde se murió cierta persona que había vivido harto mal, según supe, y muchos años; mas hacía dos que tenía enfermedad y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas, con todo esto, no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicia en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro. Como le vi llevar a enterrar con la honra y ceremonias que a todos, yo estaba pensando en la bondad de Dios cómo no quería fuese infamada aquella alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga.

Estaba yo medio boba de lo que había visto. En todo el Oficio no vi más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo vi —¡cosa tan espantosa!— vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien ⁶.

⁵ Vida 32, 1-6.

⁶ Vida 38, 24-25.

VENERABLE BENITA RENCUREL (1647-1718)

Benita tuvo apariciones de la Virgen y de ángeles durante 54 años desde 1664.

Los demonios también la llevaron al infierno, según afirma François Aubin, el ermitaño confidente de Benita. Ella vio una infinidad de personas que ella conocía, sumergidas en las llamas hasta la cintura y vio toda suerte de bestias monstruosas. Dos ángeles vinieron en su socorro y la regresaron a Laus. Estos ángeles le dijeron que Dios lo había permitido para que tuviera compasión de los pecadores. *Reza siempre por ellos, cuando estés fatigada.* El padre Gaillard anota: *Los demonios la llevaron tres veces a las puertas del infierno, donde ella vio mucha gente que sufría terriblemente entre las llamas.* Ella oía gritos horribles y rezaba a Dios para que la sacara de allí. Los demonios la atormentaron a lo largo de 50 años amenazándola, raptándola y llevándola a lugares desérticos, golpeándola y haciéndole sufrir de mil maneras con el permiso de Dios para que conociera personalmente la malicia de los demonios y lo terrible que es caer en sus garras e ir al infierno y estar bajo su dominio por toda la eternidad. Ella se defendía con los medios que la Iglesia nos señala: el agua bendita, la señal de la cruz, la oración y los objetos benditos. Un día un demonio le dijo: *Si coges el agua bendita, te devoro, pero ella la cogió y le echó agua bendita y el demonio desapareció.*

El padre Gaillard refiere también que en 1694 Benita fue llevada al infierno por uno de los demonios donde ella vio muchas personas conocidas. Estaban hasta el estómago y el resto del cuerpo metidas en unas grandes llamas. Ella estuvo solo unos momentos, porque vinieron dos ángeles y la sacaron de allí, llevándola a su casa. Le dijeron que Dios lo había permitido. Le dijo su ángel: *Has visto, hija mía estas llamas y estos fuegos. Tal persona (y la nombró) es impaciente y vendrá aquí, si no se corrige, diselo para que se aproveche del aviso.* Y añadió el ángel: *Por cansada que estés, reza siempre por los pecadores cinco padrenuestros.* Benita había visto en el infierno toda clase de bestias e innumerables condenados que le hicieron temblar hasta el punto que se enfermó y lloraba con muchas lágrimas ⁷.

⁷ R. de Labriolle, *Benoite la Bergère*, 1996, p. 223.

BEATO BERNARDO DE HOYOS

El 9 de enero de 1730, le mostró el Señor el infierno. Hallóse de pronto en un campo espacioso, acompañado de Su Majestad, quien le entregó allí al ángel de su guarda para que lo guiase. Díjole entonces el ángel: “Ven, y yo te mostraré esta gran visión”. Empecé a seguirle, cuando de repente abrió la tierra una boca por donde entró mi ángel, y yo en su seguimiento para ver esta gran visión de los desdichados en quienes ejecuta su furor el omnipotente brazo de la divina justicia. A pocos pasos vi salir por la misma abertura de la tierra por donde había entrado, una multitud de demonios que, habiendo arrojado en las llamas infernales las muchas almas que habían ganado en la mortandad numerosa de la epidemia pasada, volvían al mundo a tender sus redes para prender y precipitar en el abismo a otros miserables.

Ya habríamos andado unos veinte pasos, cuando me dijo mi ángel: “Ve y escribe”; y al punto, saliendo de aquel como callejón por donde nos habíamos introducido, vi una cueva inmensa de fuego, envuelta en humo tan espeso que negaba aun la misma luz en que ardía. Eché los ojos por aquella inmensidad de fuego; pero no alcanzaba el fin, ni distinguía adónde llegaba su anchura. Bien hube menester aquí que me animase la presencia del ángel, pues sola esta primera vista fuera capaz de quitarme la vida. Percibí al mismo tiempo un hedor intolerable, un ruido espantoso, unos gritos descompasados y unos aullidos como de perros rabiosos. Vi también que, impelidos de furor y rabia, saltaban del fuego algunos condenados y caían precipitados por los demonios, como una gran piedra a su centro, a la voracidad de las llamas.

Volvióse entonces el ángel a mí, y me dijo: “Atiende más”; y luego reparé más en particular cómo se castigaba a los pecadores deshonestos. Vi una laguna helada junto a un globo de fuego abrasador; y que los infernales ministros ya arrojaban en el fuego a aquellos infelices y, cuando más rabiosos estaban, los metían con grande ímpetu en el agua helada para que, pasando de un extremo a otro, fuese mayor su tormento; ya con lanzas de fuego, con espadas y otros espantosos instrumentos traspasaban de parte a parte a los miserables; ya les cortaban las cabezas que, para que padeciesen más, se volvían a juntar; ya deshacían sus abrasados cuerpos con peines de fuego; ya despedazaban sus miembros con ruedas de navajas muy agudas. Con estas y otras semejantes horrorosísimas invenciones eran atormentadas aquellas furias malditas, que, deshechas en desesperación eterna, mordían los instrumentos de su castigo, y, vomitando mil maldiciones, eran los más crueles verdugos de sí mismos, hiriéndose con sus uñas y dientes. Así, así se les recompensaban los deleites con que se recreaban en sus deshonestidades: el fuego de la concupiscencia se había convertido en aquel incendio, que les abrasaba las entrañas; y las camas

regaladas, en agua helada en que padecían tal frío que se les desencajaban los huesos.

Vi luego otra separación donde penaban los avarientos. Estaban con las bocas abiertas para poder recoger un poco de aire, y aun éste les faltaba: símbolo y castigo de lo que hacían mientras vivieron, pretendiendo atraer con su avaricia el mismo aire. Querían respirar para desahogar el incendio que los consumía, y no conseguían ni este alivio: estaban además tan estrechos, que ni revolverse les era dado, cuando los demonios los maltrataban con cruelísimos tormentos. Junto a ellos, los que habían pecado con jurar y blasfemar de la bondad de Dios, arrojaban serpientes de sus asquerosas bocas, que se ceñían con ellos, y los iban despedazando; y los demonios los herían en la boca, ya cortándoles la lengua, ya quebrantándoles los dientes, ya metiéndoles barras de hierro ardiendo por la garganta, ya embutiéndoles plomo derretido que les penetraba todos los huesos, ya con otras trazas diabólicas con que les causaban acerbísimos dolores. Luego los enemistados en este mundo proseguían su odio con un rencor insaciable, y estando tan juntos a sus enemigos como los ladrillos en el horno, se despedazaban entre sí de furor y rabia, al verse tan cerca y como embebidos los unos en los otros. Otros varios géneros de tormentos vi también con que se castigaban otros pecados, que fuera largo referir uno a uno.

Yo iba en tanto siguiendo a mi ángel por una senda estrecha, y llegamos a otra separación donde encontré muchos demonios que con grande algazara atormentaban a un gran personaje bien conocido en el mundo, aunque no entendí quién era, pero sí que la causa de su condenación había sido su impiedad para con los pobres. Vi un yunque de fuego sobre el cual extendieron a este miserable los demonios, y con varios instrumentos le desmenuzaban el cuerpo en pequeñas partes a fuerza de recios golpes; y para mayor pena suya, luego que le habían hecho pedazos, se volvían éstos a unir, y los demonios a ejecutar en él su rabia, y él, centelleando llamas de furor, se maldecía y execraba a sí y sus riquezas y deleites; y los ministros diabólicos le hacían burla, diciéndole que de qué se quejaba, que si no era aquella buena cama, que viese cómo cuidaban de su alivio, preparándole, en lugar de las conveniencias que había tenido en el mundo, aquéllas con que ahora le regalaban.

Horrorizado de lo que veía, aturdido de las blasfemias que oía contra Dios y su Madre santísima, atónito con los monstruos que se me representaban, y fuera de mí de tanta gritería y alaridos, tendí la vista adelante y nada distinguía, hasta que, habiendo andado grande espacio a ciegas, me dijo mi ángel: “Ven y ve, y escribe lo que vieres”.

Entonces se abrió la senda por donde íbamos, y me hallé en otro seno inferior, aún más horroroso que el pasado: aquí estaban los malos e indignos

sacerdotes que habían tenido osadía para recibir sacrílegamente en sus manos y en sus corazones al Hijo de la Virgen. Padecían tales penas los miserables que todas las que he dicho son nada en su comparación. Eran atormentados principalmente en las partes en que tuvieron la hostia consagrada: las manos se les deshacían de dolor, y estaban hechas carbones encendidos: sus lenguas despedazadas y colgando fuera de la boca, en señal de sus sacrilegios: todo lo interior, especialmente el corazón, se les abrasaba en fuego, reventando con terribísimos dolores. Aquí vi que de entre los demás se erguía como la culebra cuando salta, un mal sacerdote que yo conocí, y murió de repente, que había sido muy escandaloso. Miróme con gran rabia como un fiero basilisco, pero cayó luego en lo más profundo de la hoguera.

De este seno me pasó el ángel a otro tercero, donde eran mayores las penas y tormentos. En él estaban aquellos que, habiendo sido más visitados de Dios con sus inspiraciones y auxilios, los despreciaron, ingratos y desagradecidos, pisando la sangre de Jesucristo: éstos padecían mucho más por su misma conciencia y memoria de que podían haberse aprovechado de las inspiraciones...

No hay palabras para explicar la pena de daño (de no ver y amar a Dios). Este es el mayor y más horrible tormento, estar privado por toda la eternidad de ver a Dios: todos los tormentos de los condenados, mil veces doblados, padecería uno gustoso eternamente, si fuese compatible con verle. El corazón se me quebranta y el cuerpo se me estremece en esta consideración. No digo más de esta pena, porque la voluntad del Señor es que no hable ahora de la de daño ⁸.

BEATA ANA CATALINA EMMERICK (1774-1824)

Un día fue llevada por su ángel a ver el infierno. Hallándome una vez muy turbada y abatida a la vista de las miserias que me rodeaban y de tantas penas y violencias como sentía, pidiendo a Dios que se dignara concederme siquiera un día tranquilo, pues vivía como en el infierno, mi guía me reprendió muy severamente. “Para que no compares tu estado con el infierno”, me dijo: “voy a mostrarte el infierno”... Llegamos a un país espantoso. Cuando llegué al lugar de espanto, me pareció que entraba en un mundo desconocido. Cuando me acuerdo de lo que vi, tiemblo de pies a cabeza. Al principio lo vi todo globalmente; allí había una sima tenebrosa, todo era fuego, tormentos, noche. Los límites del horizonte eran siempre la noche. Al acercarme vi un país de infinitos tormentos ⁹

⁸ Juan de Loyola, *Vida del Padre Bernardo de Hoyos*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1913, pp. 156-160.

⁹ Schmoeger, *D'Anne Catherine Emmerick*, tomo III, 1950, p. 25.

Otro día, cuando el ángel abrió la puerta del infierno, me vi en medio de una confusión de voces de espanto, de maldiciones, injurias, aullidos y lamentos. Algunos ángeles lanzaron hacia abajo ejércitos enteros de espíritus malignos. Todos se vieron obligados a reconocer a Jesús y adorarlo, y éste fue su mayor tormento. Gran multitud de ellos fueron encadenados en un círculo alrededor de otros que estaban también sujetos; en medio de ellos había un abismo tenebroso. Lucifer fue arrojado con cadenas en él y allí a su alrededor todo eran tinieblas¹⁰.

Cuando iba a orar al cementerio de noche, sentía yo en algunos sepulcros una oscuridad más profunda que la de la misma noche; esto me parecía más negro que lo enteramente negro, como sucede cuando se abre un agujero en un paño negro, que el agujero parece todavía más negro que el paño.

A veces veía salir de ellos como un vaho negro que me estremecía. Me sucedía también que cuando el deseo de ayudar me impulsaba a penetrar en estas tinieblas, me sentía repelida hacia atrás. En estos casos la idea viva de la santísima justicia de Dios era para mí como un ángel que me libraba de lo que hay de espantoso en tales sepulcros¹¹.

El infierno es el rechazo a Dios y a su amor, es no poder decir Jesús jamás.

SAN JUAN BOSCO (1815-1888)

Algunos no creen en el infierno, pero éste no deja de existir, porque algunos no crean en él. El 3 de mayo de 1868, Don Bosco tuvo una revelación del infierno en una especie de sueño. Vio que por un camino caían muchos jóvenes, porque había unos lazos que eran como trampas. Estos lazos se llamaban: respeto humano (miedo a hacer el bien o evitar el mal por temor al qué dirán), envidia, desobediencia, impureza, orgullo, pereza, ira...

Pero también vio que, entre los lazos, había unos cuchillos para cortar los lazos como defensa contra ellos y se llamaban: lectura de la palabra de Dios, devoción a María, lectura de buenos libros, confesión y comunión...

Siguió avanzando por un camino bajo la guía de un ángel y vio un edificio inmenso en llamas, que era el infierno. El guía le dijo: *He aquí algunas de las causas de las caídas: los malos compañeros, las malas lecturas, las malas*

¹⁰ Schmoeger, *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick*, 1979, pp. 383-384.

¹¹ Schmoeger, tomo III, o.c., p. 4.

costumbres, las malas conversaciones. Y dice Don Bosco: El guía me invitó a entrar en el infierno, pero yo tenía mucho miedo. Me llevó a una caverna muy profunda donde estaban los que tenían pecados contra el sexto mandamiento: pecados de impureza. Yo le pregunté:

- *¿No se han confesado?*
- *Se han confesado, pero los pecados de impureza los han confesado mal o los han callado a propósito. Por ejemplo: uno que cometió cuatro o cinco pecados de esta clase, dijo que sólo había faltado dos o tres veces. Hay algunos que cometieron un pecado impuro en su niñez y sintieron siempre vergüenza de confesarlo o lo confesaron mal o no lo dijeron todo. Otros no tuvieron el dolor y el propósito.*

Algunos, incluso, en lugar de hacer examen de conciencia estudiaron la manera de engañar al confesor... Solamente los que, arrepentidos de corazón, mueren con la esperanza de la eterna salvación, serán eternamente felices.

Vi otras cavernas donde estaban los que habían cometido diferentes clases de pecados; pero, al fin, el guía me insistió que tocara la pared de aquel gran edificio en llamas, que era el infierno, y me dijo:

- *Éste es el muro número mil. Hay mil muros más antes de llegar al último. Y, al decir esto, me agarró la mano, me la abrió con fuerza y me hizo golpear con ella la piedra de aquel muro número mil. En aquel instante, sentí una quemadura tan intensa y dolorosa que, saltando hacia atrás y dando un grito, me desperté.*

Me encontré sentado en la cama y en la mano sentía un gran dolor y ardor. La restregaba contra la otra para librarme de aquella molesta sensación. Al amanecer, pude comprobar que mi mano estaba hinchada y la impresión de aquel fuego resultó tan fuerte que poco después se me cayó la piel de toda la planta de la mano derecha ¹².

¹² *Memorias biográficas de Don Bosco*, tomo 9, pp. 168-181.

SOR JOSEFA MENÉNDEZ (1890-1923)

Muchas veces el Señor permitió que los demonios llevaran a Josefa a padecer los tormentos de infierno para que pudiera rezar y sufrir para salvar a los pecadores. Ella nos dice, por ejemplo: *El 16 de marzo de 1922 empecé a sentir, como los días anteriores, un ruido tremendo de cadenas y gritos. Me levanté, me vestí y me puse en el suelo de rodillas. Estaba llena de miedo. El ruido seguía. Salí del dormitorio sin saber adónde ir ni qué hacer. Entré un momento en la capilla de nuestra beata Madre... Volví al dormitorio y siempre el mismo ruido... Sería algo más de las doce, cuando de repente vi delante de mí al demonio que decía: "Atadle los pies... atadle las manos". Sentí que me ataban fuertemente, tiraban de mí, arrastrándome. Otras voces decían: "No son los pies los que hay que atarle..., es el corazón". El diablo contestó: "Ese no es mío". Me arrastraron por un camino muy largo. Empecé a oír muchos gritos y en seguida me encontré en un pasillo muy estrecho. En la pared había como un nicho de donde salía mucho humo, pero sin llama y muy mal olor. Se oye toda clase de blasfemias y de palabras impuras y terribles. Unos maldicen su cuerpo... otros maldicen a su padre o madre... Otros se reprochan a sí mismos... Enfrente de mí y cerca, había almas que me maldecían y blasfemaban. Es lo que más me hizo sufrir..., pero lo que no tiene comparación con ningún otro tormento es la angustia que siente el alma, viéndose apartada de Dios.*

Me pareció que pasé muchos años en este infierno, aunque fueron solo seis o siete horas... Luego sentí que me tiraban otra vez de mí y después de ponerme en un sitio muy oscuro, el demonio, dándome como una patada, me dejó libre. No puedo decir lo que sintió mi alma cuando me di cuenta de que estaba viva y que todavía podía amar a Dios.

Veo con mucha claridad que todo lo del mundo no es nada en comparación del dolor del alma que no puede amar, porque allí no se respira más que odio y deseo de la perdición de las almas ¹³.

¹³ *Un llamamiento al amor*, Ed. Edibesa, 1998, pp. 211-212.

SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

Afirma sor Faustina: *Hoy he estado en los abismos del infierno, conducida por un ángel. Es un lugar de grandes tormentos, ¡qué espantosamente grande es su extensión! Los tipos de tormentos que he visto: el primer tormento que constituye el infierno, es la pérdida de Dios; el segundo, el continuo remordimiento de conciencia; el tercero, aquel destino no cambiará jamás; el cuarto tormento, es el fuego que penetrará al alma, pero no la aniquilará, es un tormento terrible, es un fuego puramente espiritual, encendido por la ira divina; el quinto tormento, es la oscuridad permanente, un horrible y sofocante olor; y, a pesar de la oscuridad, los demonios y las almas condenadas se ven mutuamente y ven todo el mal de los demás y el suyo; el sexto tormento, es la compañía continua de Satanás; el séptimo tormento, es una desesperación tremenda, el odio a Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias. Estos son los tormentos que todos los condenados padecen juntos, pero no es el fin de los tormentos.*

Hay tormentos particulares para distintas almas, que son los tormentos de los sentidos: cada alma es atormentada de modo tremendo e indescriptible con lo que ha pecado. Hay horribles calabozos, abismos de tormentos donde un tormento se diferencia del otro. Habría muerto a la vista de aquellas terribles torturas, si no me hubiera sostenido la omnipotencia de Dios. Que el pecador sepa: con el sentido que peca, con ése será atormentado por toda la eternidad. Lo escribo por orden de Dios para que ningún alma se excuse diciendo que el infierno no existe o que nadie estuvo allí ni sabe cómo es.

Yo, sor Faustina, por orden de Dios, estuve en los abismos del infierno para hablar a las almas y dar testimonio de que el infierno existe. Ahora no puedo hablar de ello, tengo la orden de dejarlo por escrito. Los demonios me tenían un gran odio, pero por orden de Dios tuvieron que obedecerme. Lo que he escrito es una débil sombra de las cosas que he visto. He observado una cosa: la mayor parte de las almas que allí están son las que no creían que el infierno existe. Cuando volví en mí, no pude reponerme del espanto, qué terriblemente sufren allí las almas. Por eso ruego con más ardor todavía por la conversión de los pecadores, e invoco incesantemente la misericordia de Dios para ellos. Oh Jesús mío, prefiero agonizar en los más grandes tormentos hasta el fin del mundo, que ofenderte con el menor pecado.

Un día vi dos caminos: un camino ancho, cubierto de arena y flores, lleno de alegría y de música y de otras diversiones. La gente iba por este camino bailando y divirtiéndose, llegaba al final sin advertir que ya era el final. Pero al final del camino había un espantoso precipicio, es decir el abismo infernal.

Aquellas almas caían ciegamente en ese abismo; a medida que llegaban, caían. Y eran tan numerosas que fue imposible contarlas ¹⁴.

LUCÍA DE FÁTIMA (1907-2005)

Era el 13 de julio de 1917. María abrió de nuevo las manos como en los meses pasados. El reflejo parecía penetrar en la tierra, y, vimos como un mar de fuego: sumergidos en este fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas de las llamas que de las mismas salían juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos los lados, semejante al caer de pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación, que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debe haber sido a la vista de esto que di aquel “ay”, que dicen haberme oído). Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasa.

Asustados y como para pedir socorro, levantamos la vista hacia Nuestra Señora que nos dijo entre bondad y tristeza:

- *Habéis visto el infierno, adonde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que os digo se salvaran muchas almas y tendrán paz. La guerra va a terminar. Pero si no dejaran de ofender a Dios, en el reinado de Pío XII comenzará otra peor. Cuando viéreis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones de la Iglesia y del Santo Padre.*
- *Vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz (Memorias de Lucía, Ed. Sol de Fátima, Madrid, 1974, p. 148).*

¹⁴ Diario N° 153.

SEGUNDA PARTE EXPERIENCIAS DEL MÁS ALLÁ

HECHOS REALES

Una de las más terribles experiencias vividas en algunas NDE (Experiencias cercanas a la muerte) es la visión y vivencia del infierno. Según algunos investigadores, sólo se dan en el 0.3% de los casos. Otros como Gallup y Proctor en su libro *Adventures in immortality* o Ken Ring en su libro *Heading Toward Omega*, dicen que son el 1%. Pero nunca se puede saber con exactitud ya que los que tienen este tipo de experiencias negativas no suelen publicarlas. De todos modos, los casos conocidos son suficientemente expresivos como para creer en la existencia de un mundo tenebroso e infernal en el que viven muchos seres humanos que han rechazado voluntariamente el amor y el perdón, que Dios les ofrecía en el momento de su muerte. Veamos algunos de estos casos significativos.

El doctor Melvin Morse, en su libro *Últimas visiones*, dice: *Me entrevisté un día con un hombre que había sido un delincuente en su adolescencia y después era un hombre interesado sólo en su propio beneficio personal. Estuvo a punto de morir, al ser herido con una botella rota mientras trataba de robar en una tienda. En la ambulancia, cuando era conducido al hospital, se sintió arrastrado fuera de su cuerpo y envuelto en llamas. En vez de contemplar afectuosos ángeles de la guarda, dijo que se le aparecieron los rostros de sus amigos que habían muerto en la calle, lanzando interminables gritos de dolor. Como resultado de esta experiencia, abandonó su vida delictiva y acabó, ordenándose ministro* ¹⁵.

El doctor Moody narra lo que le dijo uno de sus pacientes: *Al salir de mi cuerpo estaba todo oscuro. Había gente que daba alaridos, había fuego y ellos querían un trago de agua... Entonces, se me acercó alguien y me empujó a un lado y me dijo: "Tú no tienes que venir aquí abajo. Tú tienes que volver arriba"... Estaba todo negro y vi un montón de gente chillando y aullando... Eran desgraciados y odiosos. Me pidieron agua, porque ellos no tenían agua... Había alguien observándolos. Era el mismísimo diablo* ¹⁶.

¹⁵ Morse Melvin, *Últimas visiones*, Ed. EDAF, Madrid, 1996, p. 201.

¹⁶ Moody Raymond, *Más allá de la luz*, Ed. EDAF, Madrid, 1989, p. 32.

La Fundación para las investigaciones de las experiencias cercanas a la muerte tiene muchas experiencias de toda clase en su página web. He aquí una de ellas.

Yo tenía 20 años y lo recuerdo como si fuera ayer. Entré en el coche con mi amigo Gareth. Él había estado bebiendo mucho aquella noche. No debía conducir el coche, pero yo necesitaba a alguien que me llevara a casa, porque era tarde. Habíamos estado discutiendo durante todo el viaje. En un momento de rabia, él golpeó el acelerador con fuerza e intentó dar una vuelta en U. Lo próximo que supe es que yo estaba rodando hacia dentro de un gran espacio en una soga. Comencé a flotar fuera de mi cuerpo y atravesé un extraño túnel de luz. Yo no sabía adónde iba, pero no podía controlar hacia donde era como chupada. Durante una fracción de segundo, pensé que me dirigía hacia el cielo, pero repentinamente algo sucedió. Me detuve en seco en ese túnel y, como un relámpago, empecé a caer más y más rápido.

Sentía que caía verticalmente en una especie de agujero negro. Era tan oscuro que, mientras caía, empecé a escuchar chillidos, gritos, horribles risas y el olor más putrefacto que pueda imaginarse. Entonces, la oscuridad se convirtió en fuego, y yo caía hacia un inmenso horno. El fuego comenzó a consumirme y empecé a chillar. Aterricé sobre mi espalda, choqué con lo que parecían rocas y sentí un dolor horrible por todas partes.

Cuando abrí mis ojos, me di cuenta de que no estaba sola, porque unas extrañas criaturas comenzaron a agarrarme y arrastrarme hacia lo que parecían unas puertas negras inmensas. Empecé a patear y a chillar, gritando a todo pulmón. Recuerdo que una criatura gigante empezó a rasgarme la piel de la espalda con lo que parecían sus afiladas uñas, otra empezó a tirarme del pelo fuertemente, otra me pateó, me tiró, riéndose y burlándose acerca de asuntos personales que parecía conocer de mí...

*Recuerdo haber visto repentinamente a Gareth, colgado boca abajo con clavos atravesándole las manos y los pies. Aquellas criaturas empezaron a azotarlo. El fuego lo consumía y la carne de sus manos, pecho y cabeza ya había comenzado a fundirse y a pelarse. Lo miré a la cara. ¡El estaba aterrorizado! Y empezó a llorar de forma incontrolable, suplicándoles que no lo hicieran. Repentinamente, yo grité: **Dios mío, por favor, ayúdame...** Y, de pronto, una gran succión me arrancó de sus garras y comenzó a llevarme de vuelta al túnel, despertándome ante la voz de una doctora. Ella me dijo que, después de dos horas, yo me había recuperado, pero Gareth no. Aparentemente, mientras ellos intentaban revivirlo, su corazón cedió. La hora de su muerte había sido confirmada media hora antes que la mía.*

Hasta hoy juro que todavía puedo oler ese olor a podrido de carne quemada y pelo quemado. Antes, incluso, me solía dar fiebre cada vez que pensaba sobre lo ocurrido a Gareth y sobre dónde estará hoy día (www.nderf.org/spanish).

La famosa bailarina francesa Janine Charrat, mientras danzaba en un estudio de televisión, quedó envuelta en llamas el 18 de diciembre de 1961. Todo ocurrió muy rápido y recibió quemaduras de tercer grado, siendo llevada de urgencia a la clínica parisina más cercana. Durante algunos minutos tuvo parada cardíaca y tuvo una experiencia del más allá. Se encontró en un mundo horrible, todo rodeado de grandes llamas de fuego. Dice: *Pensé que iba a perecer de miedo. Era realmente el infierno. Parecía que los diablos venían del interior de la tierra en una danza salvaje. En medio de una gran soledad y del creciente peligro de las llamas, tomé la decisión de salir. Como creyente, yo siempre había rezado en los momentos de peligro y eso es lo que hice. Después de rezar y pedir ayuda, levanté la cabeza y me di cuenta de que las llamas no eran tan terribles y se hacían cada vez más pequeñas y transparentes. Ya no tenía miedo y me sentí aliviada.*

En ese momento, me di cuenta que había una mujer con vestido de seda y el pelo blanco, que me dijo: “¿No te acuerdas de mí, Janine? ¿Me has olvidado?”. Reconocí a mi abuela difunta y me sentí llena de alegría. Ella me tomó tiernamente del brazo y me guió a otro lugar. Yo la seguí. Llegamos a un gran jardín con árboles desconocidos. Era un lugar de mucha armonía y paz. El agua del estanque era clara y limpia. El estanque parecía un espejo lleno de luz. De pronto, todo desapareció y abrí los ojos, estando en la cama de hospital. Esta experiencia me dio la fortaleza para superar con paciencia el proceso de mi recuperación que tomó un año entero ¹⁷.

Otro paciente, después del túnel, llegó a un inmenso lago de fuego, donde muchas sombras de personas estaban moviéndose como animales enjaulados en un zoo. Dice: *Yo vi a un amigo que había muerto. Lo último que recuerdo es que él había estado metido en el vicio del juego. Yo le grité: ¡Eh, Jim! Él me miró, pero no me sonrió. Otros lo estaban llevando a un rincón, donde él comenzó a gritar. Yo corrí, pero no había salida. Entonces, empecé a decir: Jesús es Dios. Lo dije muchas veces. De alguna manera, yo salí. Sólo Dios pudo hacerme salir de un lugar como aquel. Nunca lo olvidaré ¹⁸.*

Jay tenía 36 años. Trabajaba en Las Vegas en un periódico y le gustaba la vida divertida. Dice: *Un día estaba en una fiesta. Tomé droga que alguien me*

¹⁷ Delacour Jean Baptiste, *Glimpses of the beyond*, Delacorte Press, New York, 1974, pp. 17-22.

¹⁸ Rawlings Maurice, *To Hell and back*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, 1993, p. 76.

*regaló y no sé lo que pasó. Sentí mi cuerpo fuera de mí en una terrible oscuridad. Era la eternidad. Era el vacío increíblemente doloroso, y sentía que era para siempre. Ahora sé lo que significa infierno, porque era el infierno. Era la ausencia de todo, la ausencia de amor y de emociones, un absoluto vacío. Nunca olvidaré el dolor que sentía. Era un dolor, no físico sino emocional, psicológico y espiritual. Yo estaba convencido de que nunca saldría de allí y reviví la historia de mi vida brevemente. Lo vi como un aviso, como un juicio. **Yo grité a Dios** y fue el poder de Dios y su misericordia, quien me permitió regresar.*

Ahora sé que Dios tiene control de todo lo que sucede y eso fue un aviso de Dios. Lo que me sucedió fue una bendición de Dios. Por eso, ahora ya no tomo drogas y rezo. Ahora temo la muerte. La vida en la tierra es muy breve, pero la eternidad es para siempre. A mí se me ha dado una nueva oportunidad. La muerte no es el final¹⁹.

Yolanda nos dice: Primero, yo estuve en un lugar oscuro y frío. Yo sentía seres a mi alrededor, pero no los podía ver... Parecía que estaba en las puertas del infierno con millones de ojos de demonios mirándome. Fue algo muy terrible y estremecedor. Yo sabía que era el infierno y no quería ir. De alguna manera, fui hacia atrás y llegué a un lugar vacío, como si no existiera absolutamente nada. Estaba flotando, pero sin ningún control de mí misma. Entonces, grité desde lo profundo de mi alma: Señor, Señor... En ese momento, vi toda mi vida clarísimamente. Vi cada cosa que había hecho y me di cuenta de que había sido una vida sin sentido. me sentí muy débil y sin esperanza. Pero, cuando grité al Señor, una pequeña luz brilló. La luz era conocimiento, hermosura y amor. Y me dijo: “Yo te amo totalmente e incondicionalmente”. Era una voz que venía de Dios y que me decía: “En la tierra lo único que importa es aprender a amar y a recibir amor”... Ahora veo que algunos son como ciegos que no quieren aprender²⁰.

El doctor Rawlings Maurice, en su libro *To hell and back*, narra el impresionante caso de Charlie McKaig, un hombre de 48 años de La Fayette, USA. Estando en su mismo consultorio del hospital, quedó como muerto de un infarto. Rawlings le dio masajes al corazón. Dice: *Al recobrar los latidos, me miraba desesperadamente y me decía: “No se detenga, no se detenga, estoy en el infierno, estoy en el infierno”.*

Yo pensé que eran alucinaciones. Después de unos momentos, volvió a quedar sin latidos y, al regresar, repetía desesperado: “Por favor, no se

¹⁹ Rommer Barbara, *Blessing in disguise*, Llewellyn Publications, 2000, p. 42.

²⁰ Ib. pp. 80-81.

*detenga. ¿No comprende? Cada vez que usted se detiene, voy al infierno". Cuando él me pidió que rezara, yo me sentí como insultado y le hice callar. Yo era un doctor no un ministro cristiano. Pero las enfermeras me miraron conmovidas. Entonces, al regresar de nuevo, le hice repetir palabra por palabra, una oración espontánea, algo así como: **Jesucristo, hijo de Dios, sálvame del infierno.** Entonces, una extraña conversión religiosa se produjo. Yo nunca había sido testigo anteriormente de algo así. El paciente se calmó y se sintió relajado. Yo estaba conmovido, no sólo porque aquella oración espontánea había salvado a Charlie, sino porque yo me sentía tocado en mis creencias. A Charlie, desde entonces, se le han colocado tres bypasses, pero todavía me es difícil creer que una pobre oración, hecha por mí, le abriera a Charlie el camino de la salvación.*

La conclusión es que nunca debemos hacer oraciones fingidas, pues ellas no son efectivas. Esto me estimuló en mi vida profesional para buscar nuevos casos e investigarlos... La experiencia del infierno de Charlie me hizo desempolvar mi Biblia aquella misma noche y leer otros libros sobre la fe ²¹.

Podríamos seguir escribiendo más casos de experiencias negativas, pero creo que es suficiente. Si alguien quiere profundizar más en estos casos, puede leer el libro de Bárbara Rommer, *Blessing in disguise*, o el de Maurice Rawlings, *To hell and back*. Pero lo que sí es interesante anotar es que en los casos en que ellos clamaron a Dios, inmediatamente fueron escuchados y salieron del infierno. Y es que el infierno, como tal, no existe en ninguna parte. Dios no ha creado un infierno en un lugar concreto del universo. El infierno lo lleva cada uno consigo mismo y, por eso, hay tantos infiernos, cuantas personas distintas están en él. Lo importante es saber que cada uno decide a dónde ir, pues Dios les da a todos la oportunidad, en el último momento, de decidirse por Él o contra Él, de amarlo o rechazarlo.

Dice el Catecismo de la Iglesia católica que el infierno *es un estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados* (Cat 1033). Quizás podríamos decir que también es, en cierto modo, un lugar en cuanto que los condenados se juntan, porque no pueden vivir solos, y viven en unión con los demonios, haciendo así un mundo tenebroso y horrible, en algún lugar concreto, donde todo es blasfemias contra Dios, odio, violencia, lujuria y maldad. Un lugar donde todo está vacío y sin amor. Veamos lo que dice el doctor George Ritchie de lo que vio en su experiencia personal: *Yo vi algo que me horrorizó más de lo que hubiera visto en toda mi vida. Aquellos seres estaban llenos de odio, mentira, soberbia y lujuria hasta el punto de querer llevar a cabo toda clase de actos abominables unos contra otros. Esto rompía el Corazón del Hijo de Dios que estaba junto a mí... No había fuego, pero había algo miles de*

²¹ Rawlings Maurice, *To hell and back*, o.c., pp. 39-41.

veces peor, desde mi punto de vista. Era un lugar totalmente vacío de amor. Era el infierno ²².

GLORIA POLO

Gloria Polo es una odontóloga colombiana que va por el mundo, compartiendo su testimonio. El 5 de mayo de 1995, estando en la Universidad Nacional de Bogotá, se acercó a protegerse de la intensa lluvia debajo de unos árboles con su sobrino. En ese momento, les cayó un rayo y quedaron los dos carbonizados y dados clínicamente por muertos, con paro cardíaco. Su sobrino murió definitivamente. Ella pudo volver para contarlo. Y dice:

Me encontré dentro de un túnel y me salieron al encuentro mis bisabuelos, mis padres y muchos otros familiares y personas con las cuales tuve algo que ver en mi vida. El Señor me concedió el regresar, al acordarme de mis hijos y de mi esposo. Y me encontré en una camilla de la enfermería de la Universidad Nacional. Después de estar tres días en coma me llevaron al Seguro Social y me operaron para raspar todos los tejidos de mi cuerpo, quemados por el rayo. Al estar anestesiada, vuelvo a salir de mi cuerpo. Veo desde arriba lo que estaban haciendo los médicos con mi cuerpo y paso por muchos túneles que van hacia abajo. Al principio, tenían luz, pero fui descendiendo y la luz se iba perdiendo. Comienzo a andar por unos túneles de tinieblas espantosas. Lo más oscuro de lo oscuro terrenal, es luz del mediodía allá. Había un olor nauseabundo. Y veo un vacío, donde había muchísima gente. Lo más horroroso era que allí no se sentía ni un poco de amor de Dios ni una gota de esperanza. Y vi muchos demonios y mucha gente con miradas de odio tan espantosas que daban terror. Pero el tormento más terrible era la ausencia de Dios. No se sentía a Dios.

Entonces, me agarran por los pies. Mi cuerpo entra en un hueco, pero mis pies están sostenidos desde arriba. Fue un momento terrorífico y empecé a gritar: “Almas del purgatorio, sáquenme de aquí”. De pronto, veo una lucecita en medio de aquella gran oscuridad. Veo unas escaleras encima del hueco y veo a mi papá, que había fallecido cinco años antes, y un poco más arriba veo a mi mamá con mucha más luz y en posición de estar orando. Cuando los vi, sentí una gran alegría y empecé a gritar: “Papito, mamita, por favor, sáquenme de aquí”. ¡Si hubieran visto el dolor tan grande que ellos sintieron! Mi papá empezó a llorar y mi mamá oraba y comprendí que no me podían sacar de allí.

Al punto, comenzó la revisión de toda mi vida. ¡Tenía tantos pecados! Había creído en la reencarnación y me di cuenta que era mentira, pues allí

²² Ritchie George, *Regreso del futuro*, Ed. Clie, Tarrasa (Barcelona), 1986, p. 41.

estaban mis bisabuelos y familiares, que no habían regresado a la tierra con una nueva vida. A los 13 años hice mi última confesión, después dejé de creer en Dios. Creía que el hombre era fruto de la evolución. No creía en el diablo ni en el infierno, pero ahora lo estaba experimentando.

Yo había sido una mujer de mundo, una intelectual, esclavizada del cuerpo. Cuatro horas diarias de aeróbicos, masajes, dietas. Una rutina esclavizante para tener un cuerpo bello. El amor a mi cuerpo era el centro de mi vida. Y Dios permitió que mi cuerpo quedara carbonizado con muchos tejidos quemados en las piernas, en los senos... Entonces, comprendí que cada vez que había estado con mis senos descubiertos y mi cuerpo con ropa corta, estaba incitando a los hombres a que me miraran y tuvieran malos pensamientos, y así los hacía pecar.

Yo aconsejaba a otras mujeres que, si sus esposos les eran infieles, que ellas hicieran lo mismo o que se divorciasen. Defendía el aborto, el divorcio y la eutanasia. Yo había abortado a mis 16 años. Convencía a las jóvenes para que estuvieran a la moda y exhibieran sus cuerpos, y les decía: “Sus mamás les hablan de virginidad y castidad, porque están pasadas de moda; ellas hablan de una Biblia de hace dos mil años y los curas no se han modernizado. Ellos hablan de lo que dice el Papa, pero el Papa está pasado de moda”. Y yo les enseñé los métodos de planificación para no quedar embarazadas. Pero les fallaron y tres sobrinas mías y la novia de un sobrino abortaron por mis consejos. A algunas yo les di el dinero para el aborto. Yo usaba la T de cobre, que es abortiva, y vi a cuántos bebés yo había matado también, que habían sido concebidos y después expulsados...

También había creído en supersticiones. A una señora, que iba a mi consultorio, le dije que no creía en esas cosas, pero que por si acaso, echara esos “riegos” para la buena suerte. En un rincón, donde no lo veían mis pacientes, había colocado una penca de sábila con una herradura, para alejar las energías negativas. Otro punto importante, que me hizo ver el Señor, fue mi mentira. Desde pequeñita aprendí a evitar los castigos de mi mamá, que eran bastante severos, con mentiras, empezando a volverme mentirosa. A medida que iba creciendo y crecían mis pecados, mis mentiras eran más grandes.

Criticaba mucho a los sacerdotes. En mi familia, desde pequeños, criticábamos a los sacerdotes, empezando por mi papá, que nos decía que eran mujeriegos y tenían más plata que nosotros. Pero el Señor me dijo: “¿Quién eres tú para hacerte Dios y juzgar a mis ungidos?”. Recuerdo también que el Señor me hizo ver aquella vez en que robé 4.500 pesos. Una señora me dio 4.500 pesos de más en un supermercado de Bogotá. El Señor me hizo ver que para mí no eran nada, pero para aquella mujer, que cobraba el sueldo mínimo, era la

alimentación de tres días. Y me mostró cómo sufrió y aguantó el hambre dos días con sus dos hijos por mi culpa.

*Cuando se cerró el Libro de la vida y terminó la revisión de vida, me vi que estaba en el hueco a punto de que se abriera la puerta del infierno. Entonces, empecé a gritar: **“Jesús, ten compasión de mí. Señor, dame una segunda oportunidad”**. Y ése fue el momento más bello. No tengo palabras para describir ese momento. Jesús me levantó y me hizo ver la importancia de la oración de muchas personas, que habían orado por mí. Vi a un hombre pobrecito. Jesús me dijo: “Esa persona te ama tanto que ni siquiera te conoce”. Y me mostraba que vivía al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. Y había comprado una panela, que le dieron envuelta en una hoja del periódico “El Espectador” del día anterior. Allí estaba mi fotografía de quemada por el rayo. Cuando el hombrecito leyó la noticia, empezó a llorar con un amor tan grande, que decía: “Señor, ten compasión de mi hermanita, sálvala. Si salvas a mi hermanita, te prometo que voy al Santuario de Buga y te cumplo una promesa, pero sálvala”. Y me dijo el Señor con todo su amor: “Eso es amar al prójimo. Vas a volver, vas a tener tu segunda oportunidad, pero vas a repetir tu historia no mil veces, sino mil veces mil”. Y eso es lo que estoy haciendo por el mundo entero ²³.*

Otro caso parecido es el de Marino Restrepo, cuyo testimonio lo he oído en DVD. Marino Restrepo, colombiano, actor y compositor, que a los 14 años perdió la fe. Vivió en Alemania y en California muchos años. A los 47 años fue raptado por la guerrilla colombiana. Estuvo secuestrado durante cinco meses y medio hasta que se pagó un fuerte rescate. Durante el tiempo de su cautiverio, tuvo una experiencia de Dios. Se presentó ante la presencia de Dios y Jesús le hizo ver toda su vida con todos sus pecados: su falta de fe, su creencia en ideas orientales, como la reencarnación, sus pecados de adulterio... Le hizo ver el cielo, el infierno con los demonios y el purgatorio. Jesús le habló de la falta de fe en el mundo. También se le presentó la Virgen María, de quien se había alejado, al alejarse de la fe católica.

Jesús le dio una segunda oportunidad y lo envió a dar su testimonio y a predicar la fe católica por todo el mundo, que es lo que ha hecho hasta ahora en 28 países. Y sigue predicando...

²³ El testimonio completo se encuentra en www.gloriapolo.com. Fue realmente importante escuchar su testimonio en Lima el 15 de octubre de 2006.

TERCERA PARTE

EL CIELO

Afirma el Catecismo que el cielo es la *comuni3n de vida y amor con la Santísima Trinidad, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados* (Cat 1024).

Refiere santa Teresa de Jesús: *Un día vínome un arrebatamiento de espíritu con tanto ímpetu que no hubo poder resistirle. Parecíame estar metida en el cielo y las primeras personas que allá vi fue a mi padre y a mi madre; y tan grandes cosas vi que yo quedé fuera de mí pareciéndome muy demasiada merced*²⁴.

BENITA RENCUREL

La venerable Benita Rencurel fue llevada al cielo el 15 de agosto de 1698 entre las 19 y las 20 horas. Ella iba a comenzar a rezar las letanías de la Virgen en su habitación, cuando vio cuatro pequeños ángeles; cada uno parecía tener un año de edad y sostenía a María en el aire. Dos de esos angelitos se acercaron a ella y, teniéndola cada uno de un costado, la llevaron. Ellos se elevaron juntos en el aire siguiendo a la Virgen María. Después de un recorrido aéreo, Benita oyó a un gran número de ángeles cantar los misterios de la pasión de Jesús y se sintió empapada con los olores maravillosos de María y de los ángeles.

Benita pensó para sí: ¿Dónde vas tú? Si dos angelitos pequeños no tuvieran la fuerza de llevarte, ¿adónde irías? María adivinó sus pensamientos y le dijo: *No temas, no te caerás*. Cuando llegó al paraíso, los cuatro ángeles desaparecieron y la dejaron con María. Después de haber marchado un tiempo juntas, Benita vio bienaventurados listos para cantar cánticos de alabanza a Dios. Todos sonreían y saludaban a María y se levantaban de sus asientos. Benita refiere: *Tenían cabellos rubios. Eran muy jóvenes y parecían tener todos la misma edad. Su esplendor y claridad es imposible de describir*. Ella reconoció también a algunos difuntos que le sonreían al pasar. Vio a su madre y a dos capellanes de Laus (Jean Peytieu y Barthélemy Hermitte).

Siguiendo a María en el cielo observó un trono con piedras preciosas por encima de todos los otros tronos. Era deslumbrante. La Virgen María hizo una profunda reverencia. Benita ignoraba quién se encontraba en el trono. Después

²⁴ Vida 38, 1.

vio un gran árbol, grueso y alto con sus ramas y hojas de oro, llevando hermosas manzanas rojas. María le dijo: *Es el árbol de la vida.*

Yendo un poco más lejos, encontraron seis puertas. Benita aseguró a María que deseaba quedarse en el paraíso. Pero le respondió: *No es todavía el momento y le indicó que pronto iba a amanecer en Laus y debía regresar.* Dos ángeles tomaron a María y otros dos a Benita y descendieron a la tierra.

Dejaron a Benita al pie de la pendiente de Laus, cerca del santuario. Todavía era de noche, pero la luz que salía de María daba luz como en pleno día. Y era tanta la alegría de Benita que durante 15 días ni comió ni bebió nada (Puede leerse Combal René y Vallart-Rossi, *Marie Agnes, la fondatrice du sanctuaire de N.D. du Laus*, Benoîte Rencurel, biographie documentée, Roma, 1996)..

BEATA ANA CATALINA EMMERICK

La beata Ana Catalina vivía momentos de cielo en la tierra, cuando estaba en éxtasis, especialmente después de la comunión. También tuvo muchas visiones relativas al cielo: *Vi una innumerable multitud de santos en infinita variedad, siendo sin embargo una sola cosa en cuanto a lo interior de su alma y en su modo de sentir. Todos vivían y se movían en una vida de alegría y todos se penetraban y se reflejaban los unos en los otros. El espacio era como una cúpula infinita, llena de tronos, jardines, palacios, arcos, ramilletes de flores, árboles, todo unido con caminos y sendas que brillaban como el oro y las piedras preciosas. Arriba en el centro había un resplandor infinito: el trono de la divinidad.*

Todos los religiosos estaban juntos según su Orden y dentro de él se hallaban colocados más o menos altos según habían sido sus vidas... Los jardines eran indeciblemente hermosos y resplandecientes... Todos cantaban una hermosa canción y con ellos cantaba también yo. Entonces, miré a la tierra y la vi yacer entre las aguas a modo de una pequeña mancha. Todo lo que había en torno mío me parecía inmenso. ¡Ah, es tan corta la vida! ¡Llega tan rápidamente su fin! Pero es tanto lo que se puede ganar en poco tiempo, que no me atrevo a entristecerme. Con gusto, quiero aceptar todas las penas que Dios me envié²⁵.

Ciertamente, la vida es tan corta que vale la pena aprovechar bien el tiempo y vivir para la eternidad. El cielo nos espera. Dios, como padre amoroso,

²⁵ Schmoeger, *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick*, 1979, pp. 279-284.

nos espera con los bravos abiertos para darnos una felicidad sin fin. El cielo será la plenitud de la felicidad, la felicidad colmada, donde todos hablaremos el lenguaje del amor. Ahora bien, no todos serán igualmente felices. Nuestro cielo será tan grande como la medida de nuestro amor. Por tanto, lo importante es aprovechar bien el tiempo para crecer cada día en el camino del amor, para tener cada día más capacidad de amar, ya que según esa capacidad seremos más o menos felices en el cielo.

No nos cansemos nunca de amar, de hacer el bien, de servir, porque como decía san Agustín, *la medida del amor es el amor sin medida* (Epist 109, 2).

SANTA FAUSTINA KOWALSKA

Nos dice santa Faustina Kowalska: *Vi un camino estrecho y cubierto de espinas y piedras. Algunos caían y enseguida se levantaban y seguían andando. Y al final del camino había un espléndido jardín, lleno de todo tipo de felicidad y allí entraban todas aquellas almas* ²⁶.

*El viernes (2 de agosto de 1934), después de la santa comunión fui trasladada en espíritu delante del trono de Dios. Delante del trono de Dios vi las Potencias celestiales que adoran a Dios sin cesar. Más allá del trono vi una claridad inaccesible a las criaturas; allí entra solamente el Verbo Encarnado como intercesor. Cuando Jesús entró en esa claridad, oí estas palabras: “Escribe en seguida lo que vas a oír: **Soy el Señor en mi Esencia y no conozco mandatos ni necesidades. Si llamo a las criaturas a la vida, esto es por el abismo de mi misericordia**”. En aquel mismo momento me vi en nuestra capilla, como antes, en mi reclinatorio. La santa misa terminó. Ya tenía escritas estas palabras* ²⁷.

Hoy (27 de noviembre de 1936), en espíritu, estuve en el cielo y vi estas inconcebibles bellezas y la felicidad que nos esperan después de la muerte. Vi cómo todas las criaturas dan incesantemente honor y gloria a Dios; vi lo grande que es la felicidad en Dios que se derrama sobre todas las criaturas, haciéndolas felices; y todo el honor y gloria que las hizo felices vuelve a la Fuente y ellas entran en la profundidad de Dios, contemplan la vida interior de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que nunca entenderán ni penetrarán.

Esta fuente de felicidad es invariable en su esencia, pero siempre nueva, brotando para hacer felices a todas las criaturas. Ahora comprendo a san Pablo

²⁶ Diario 153.

²⁷ Diario 85.

que dijo: “Ni el ojo vio, ni oído oyó, ni entró al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le aman”.

Y Dios me dio a conocer una sola y única cosa que a sus ojos tiene valor infinito, y éste es el amor de Dios, amor, amor y, una vez más, amor, y con un acto de amor puro de Dios, nada puede compararse ²⁸.

EXPERIENCIAS DEL UMBRAL DE LA MUERTE

Felizmente, la mayor parte de los que viven estas experiencias de NDE ven al ser de luz y sienten su infinito amor, teniendo un profundo deseo de responder a su amor con su propio amor. Ya el encuentro con este ser de Luz es una experiencia de cielo anticipada. Veamos algunas de estas experiencias.

Mi amigo Rafael Aita tuvo su experiencia el 20 de enero de 1996. Dice así: Me sentí muy mal y perdí el conocimiento durante quince minutos. Comencé a desplazarme veloz por un túnel negro, oscuro y, al fondo del túnel, vi una luz. Una luz inmensa, majestuosa, muy fuerte, cuyos rayos caían sobre mí. La luz resplandeciente me cegaba y sus rayos parecían llegar a lo más profundo de mi ser. Cuando me acerqué más a la luz, la luz me recibió, me abrazó y sentí un amor inmenso, una paz inmensa, una felicidad inmensa. ¡Cuánta ternura! ¡Nunca me imaginé que podría existir tanta felicidad! En ese mismo instante, pensé por fracciones de segundo en mi vida terrenal... y no quería volver, quería seguir ahí para siempre.

Era la ausencia total del temor y la protección total del Amor. Sentía que era Dios, que me abrazaba con su ternura infinita, y luego sentí que me decía: “Regresa, tu misión no ha terminado” y regresé y desperté.

A partir de ese día, mi punto de vista sobre la vida ha cambiado. Siento gran necesidad de amar a Dios y al prójimo. Sé que Jesús está vivo y que nos espera y nos ama con una intensidad infinita. Ya no tengo miedo a la muerte. Y, ahora, la meta de mi vida es ser mejor de lo que he sido, cuando vuelva a encontrarme nuevamente con Jesús.

Ahora lo amo con amor entrañable y siento la necesidad de comulgar y de tenerlo conmigo todos los días. Y me siento contento de ser ministro extraordinario de la Eucaristía para llevar a mi amigo Jesús a mis hermanos.

²⁸ Diario, 777-778.

Un niño de tres años, llamado Brian, tuvo un accidente al quedar atrapado debajo de la puerta del garaje de su casa. Sintió que salía de su cuerpo y dice: *Yo empecé a llorar, porque me dolía demasiado. Y entonces vinieron los pajaritos (ángeles). Ellos me cuidaron... Y nos fuimos de viaje muy lejos. Vi una luz muy brillante y yo la amaba mucho. La luz me abrazó y me puso los brazos a mi alrededor, diciéndome: "Te quiero mucho, pero tienes que volver. Tú tienes que jugar al baseball y contarles a todos acerca de los pajaritos". Y la persona de la luz brillante me besó y me dijo adiós con la mano*²⁹.

Otro niño de cuatro años, llamado Chris, tuvo su experiencia, cuando el coche en que viajaba con sus padres, cayó a un río y estuvo a punto de ahogarse. El niño perdió el sentido y dice: *Me fui al cielo. Vi a mi abuela difunta. Luego contemplé el cielo. Era muy bonito. Era como un castillo, pero no como esos sitios sucios y viejos. Era un castillo antiguo y normal. Mientras contemplaba el cielo, escuché música... Empecé a mirar alrededor y, de pronto, vi que estaba en el hospital*³⁰.

Maurice Rawlings en su libro *Beyond death's door* cuenta el caso de un hombre que tuvo un paro cardíaco. El paciente le dijo: *Un ángel me llevó volando y me dejó en una calle de una ciudad fabulosa donde los edificios resplandecían de oro y plata, y donde los árboles eran magníficos. Una luz maravillosa iluminaba el paisaje. En aquella ciudad encontré a mi madre, a mi padre y a mi hermano. Y, cuando iba a su encuentro, el ángel me regresó a la habitación del hospital. Personalmente, no creo que se pueda permanecer siendo ateo después de una experiencia como ésta*³¹.

Un paciente le contaba al doctor Moody: *Allí (en el cielo) había un sentimiento de amor, de paz y gozo perfectos. Era como si yo formase parte de ello. Esta experiencia pudo haber durado toda la noche o sólo un segundo, no lo sé*³².

Otro caso. Dorothy sufrió una conmoción, cuando estaba para dar a luz y dice: *Mientras estaba tendida en la mesa de operaciones, esperando a que el médico me hiciera la cesárea, empecé a desfallecer. Se lo dije al anestesista y me dio oxígeno, pero eso no me sirvió de nada. Recuerdo haber oído que le gritaba al doctor que me estaba bajando la presión... Y me encontré en el cielo. Allí todo era maravilloso y tranquilo. Había una paz infinita. Jesús empezó a hablarme. No le vi la cara, pero escuchaba lo que me decía: "Dottie, te dejo aquí en la tierra con una finalidad". En ese momento, me lo explicó todo. Mientras me*

²⁹ www.nderf.org/spanish.

³⁰ Morse Melvin, *Últimas visiones*, Ed. Edaf, Madrid, p. 30.

³¹ Jovanovic Pierre, *Inchiesta sull'esistenza degli angeli custodi*, Ed. Piemme, 2003, p. 55.

³² Moody Raymond, *Reflexiones sobre la vida después de la vida*, Ed. Edaf, Madrid, 1989, p. 38.

*hablaba, yo me preguntaba por qué me habría elegido a mí para revelarme esas cosas. Cuando terminó de hablar, me alejé flotando de ese hermoso lugar y volví a sentir mi cuerpo en la mesa de operaciones. Alguien rezaba por mí. Cuando dijeron Amén, abrí los ojos. Me llevaron otra vez a la habitación y dije a mi marido y a mi madre que nadie sabía lo que me acababa de pasar: “Había hablado con Jesús”*³³.

Una mujer dice: Atravesé el oscuro túnel y salí a una luz deslumbrante... Un poco más tarde, me encontraba allí con mis abuelos, mi padre y mi hermano, que estaban muertos... Alrededor vi la luz más bella y resplandeciente que pueda describirse. Era un lugar muy hermoso, lleno de colores brillantes, indescriptibles. Y, en aquel lugar, había gente, gente feliz. Se hallaban por todas partes. Algunos, reunidos en grupos; otros, estaban aprendiendo.

*A lo lejos, a la distancia, pude ver una ciudad. Había edificios, edificios separados unos de otros, resplandecientes, brillantes. La gente era feliz allí. Había agua centelleante y fuentes. Era una ciudad de luz. Sonaba una música hermosísima. Pero creo que, si hubiera entrado allí, no hubiera vuelto nunca. Se me dijo que, si iba allí, no podría volver, que la decisión era mía*³⁴.

Lo que vio se parecía a la ciudad celestial descrita en el libro del Apocalipsis: *Vino uno de los siete ángeles... y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo. Su brillo era semejante a la piedra preciosa, como piedra de jaspe pulimentado. Tenía un muro grande y alto con doce puertas y, sobre las puertas, doce ángeles... La ciudad era de oro puro, semejante al vidrio puro. Las doce puertas eran doce perlas, cada una de las puertas era de una piedra y la plaza de la ciudad era de oro puro como vidrio transparente... La ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna que la iluminasen, porque la gloria de Dios la iluminaba (Ap 21).*

Ése es el cielo: un estado de felicidad completa y eterna. Vivir eternamente con Dios y con todos los santos y ángeles. El cielo es la felicidad colmada de acuerdo a la capacidad de cada uno.

³³ Elizabeth Kübler-Ross, *Los niños y la muerte*, Ed. Luciérnaga, Barcelona, 1999, p. 272.

³⁴ Moody Raymond, *Reflexiones sobre la vida después de la vida*, Ed. Edaf, Madrid, 1989, p. 40.

